

Globalización cultural y países en desarrollo: el caso de Chile

Rodrigo Colarte Olivares

Rosa Peña Vallejos

Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Santísima Concepción

En este último tiempo globalización y crisis financiera mundial han estado fuertemente vinculadas. Esto ha generado una mirada esencialmente económica del proceso globalizador. Pero la interdependencia mundial no se agota ni resuelve en el ámbito de los mercados financieros. La crisis económica global no es lo peor que puede transmitir la globalización. Los mismos problemas que enfrenta el Estado para regular una economía globalizada, los tiene también para controlar los contagios de pandemias como la gripe porcina o la acción del narcotráfico. Pero más inquietante aún es que los países en desarrollo poseen escasa capacidad de resistir ciertas propuestas culturales que tienden a la homogeneización de formas de vida y a la implantación de códigos de conductas que asumen la forma de derechos ciudadanos, aceptados sin ninguna capacidad crítica por parte de los receptores.

La paradoja de la que nos haremos cargo en estas páginas es que mientras la globalización económica termina acomodando una serie de medios técnicos a las particularidades culturales de los pueblos en los que se aplica, la globalización de las culturas radicadas en las naciones desarrolladas tiende a transferir como productos necesarios del desarrollo y el bienestar una serie de derechos emergentes, criterios de juicio moral y formas de convivencia que se deben asumir como paradigmas incuestionables.

Para demostrar lo anterior analizaremos, desde un óptica económica, las características centrales del proceso globalizador, para luego extraer algunos efectos políticos que se producen particularmente en el Estado y que se desprenden de esta concepción. Adicionalmente, revisaremos los cuestionamientos plateados por John Gray a la intención de transformar el capitalismo global en una fiel reproducción del capitalismo estadounidense. También revisaremos del sociólogo Peter Berger las cuatro dimensiones de la globalización cultural con énfasis en el club de las facultades, por representar el contenido homogeneizador de este tipo de globalización. Por último, abordaremos críticamente los supuestos teóricos y los efectos de la cultura globalizada producida en las naciones desarrolladas.

1.- La globalización, en primera instancia, puede ser definida, de acuerdo a lo señalado por el economista español Guillermo de la Dehesa como “un procesos dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnologías y capitales.”¹ El proceso globalizador comienza en la segunda mitad del siglo veinte. Y justamente se inicia con un sesgo eminentemente económico, pues la producción, las finanzas y el comercio adquieren una dimensión internacional y planetaria.

El segundo elemento que impulsa la globalización es el desarrollo de las nuevas tecnologías en el transporte y las telecomunicaciones, reduciendo el costo de mover bienes, servicios, dinero, personas y conocimiento. Esto permite lo que se ha venido a llamar deslocalización de las empresas, es decir, la posibilidad de fragmentar geográficamente los procesos productivos.

En el campo de los efectos de la globalización, claramente existen dos posiciones distintas e irreconciliables. Por una parte, los que asumen un actitud crítica y apocalíptica de este proceso y que durante los últimos años han insistido en los peligros para las democracias locales, en la amenaza a la soberanía de las naciones, en la disminución de las funciones y relevancia del Estado, en la hegemonía unipolar de Estados Unidos sobre el mundo, y en la conspiración planetaria neoliberal que se habría transformado en un pensamiento único y hasta totalitario. Por otra parte, se encuentran quienes esperan el surgimiento de un nuevo orden mundial, que garantice la paz y el desarrollo global. Como es evidente, ni los peligros ni las esperanzas se han cumplido.

2.- La pérdida de influencia y poder del Estado es uno de los más importantes efectos de la globalización económica en la política. Ayuda a comprender este fenómeno la frase que se atribuye a Daniel Bell, según la cual el estado nacional es demasiado pequeño para resolver grandes problemas y demasiado grande para resolver los pequeños.

Para muchos, en un mundo globalizado, el Estado ha entrado en crisis. Santiago Delgado Fernández, en su artículo *La globalización y el Estado* examina las razones que justificarían este debilitamiento.² El poder estatal ha perdido la capacidad de intervención económica frente al poder trasnacional de las grandes empresas, como así

¹ DE LA DEHESA, G.: *Comprender la globalización*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pág. 17.

² DELGADO FERNÁNDEZ, S.: «La globalización y el Estado: una aproximación al pretendido debilitamiento de la fórmula estatal», en VALENCIA, A. y FERNÁNDEZ-LLEBREZ (Editores): *Teoría política frente a los problemas del siglo XXI*. Editorial Universidad de Granada, Granada, 2004.

también, ha restringido su actividad limitándose a facilitar la actividad industrial privada para que actúe con éxito en la economía mundial.

Del mismo modo la internacionalización de los mercados, tanto de bienes y servicios como financieros, ha dado lugar al surgimiento de un espacio de competencia internacional extendido por todo el mundo. Esto genera tres efectos. Surge una geografía económica global que va más allá de la tutela del Estado nación, se consolida un régimen jurídico que regula el proceso globalizador y que escapa del marco legal estatal. Y, por tanto, el Estado no puede ejercer su papel regulador ni disciplinar o reglamentar la actividad económica global.

La reacción del Estado frente a esta incapacidad de controlar la economía globalizada apunta a generar estructuras supranacionales para mantener la capacidad de acción en materia económica. Esto supone que el Estado entrega facultades y atribuciones a entidades regionales, a las cuales transfiere soberanía y poder de decisión que antes eran privativa de las naciones.

Por último, Delgado Fernández señala que también el Estado enfrenta las amenazas de los nacionalismos de baja densidad que surgen de la refundación de lo local. El debilitamiento del Estado ha hecho surgir los nacionalismos periféricos. Este nacionalismo presenta sus demandas directamente al mundo y sin mediar la acción de los estados. Como ejemplo, podemos citar las demandas de los pueblos originarios en América Latina y de los mapuches en Chile.

Adicionalmente, diversos autores coinciden en que otra causa del debilitamiento del Estado se relaciona con la existencia de organismos internacionales que promueven y fomentan la globalización económica (FMI, Banco Mundial, entre otros) frente a los cuales los Estados no son un contrapeso efectivo.

En suma, a la definición esencialmente económica que ensayamos al comienzo hay que agregar un nuevo elemento: el fenómeno globalizador se manifiesta no sólo como un problema económico, sino también político. La globalización también se vincula con “decisiones o acontecimientos que tienen origen más allá de las propias fronteras nacionales y que repercuten seriamente en el ámbito local.”³ Y frente a esas decisiones, el Estado puede hacer bastante poco. Por tanto, la solución que se viene planteando desde principios de la década de los noventa del siglo veinte para regular

³ RUIZ ALONSO, F.: «Globalización y gobernabilidad», en *Sociedad y utopía*, Facultad de CC.PP. y Sociología, León XIII, Fundación Pablo VI, UPSA, Madrid, Número 12, 1998, pág. 191.

políticamente la globalización económica es el surgimiento de un gobierno global o un gobierno de la globalización.

Pero la fuerza avasalladora de la globalización, su impacto en las naciones y el debilitamiento del Estado no implica el surgimiento de una civilización universal que controla las dinámicas libremercadistas e impone un ideal antropológico y social al mundo. John Gray, un ex representante de la nueva derecha, en su libro *Falso amanecer* señala sobre el particular que “el surgimiento de una verdadera economía global no supone la extensión de los valores e instituciones occidentales al resto de la humanidad.”⁴ Este autor continúa señalando que es una utopía pensar que un mercado global remodelará todas las naciones “a imagen y semejanza del libre mercado estadounidense.”⁵ Por último, Gray concluye señalando que el proceso globalizador engendra tipos locales de capitalismo que se acomodan a las variables culturales, locales, religiosas y geográficas de los pueblos del mundo. “Las economías de mercado de Asia oriental son profundamente diferentes entre sí, y las de China y Japón ejemplifican diferentes variedades de capitalismo. De la misma manera, el capitalismo de Rusia difiere en lo esencial del capitalismo de China.”⁶

La transformación capitalista chilena es también un ejemplo de lo anterior. El liberalismo económico es un instrumento técnico que no demanda necesariamente abandonar las creencias religiosas o los principios ideológicos para aplicarlo y obtener resultados. La modernización económica impulsada en Chile no dio por resultado un tipo de capitalismo a imagen y semejanza del estadounidense o del japonés. El chileno es una mezcla de liberalismo económico y conservadurismo religioso de tipo católico.

En opinión del sociólogo chileno Arturo Fontaine Talavera, los economistas neoliberales promovieron un orden socioeconómico abierto y favorable al libre mercado y se adscribieron a un orden social y religioso de tipo conservador. Esta definición cultural se encontraba reforzada por movimientos religiosos globales. “El objetivo principal que éstos perseguía era el fortalecimiento de la familia, concebida como una institución que requería unos vínculos jerárquicos duraderos que fueran cultivados en una proximidad intergeneracional”.⁷

⁴ GRAY, J.: Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global. Paidós, Barcelona, 2000, pág. 14.

⁵ Idem.

⁶ Idem.

⁷ FONTEINE TALAVERA, A.: «Tendencias hacia la globalización en Chile», en BERGER, P. y HUNTINGTON, S. (editores): Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo. Paidós. Barcelona, 2002, pág. 289.

Los movimientos católicos internacionales se revitalizaron en el contexto de la modernización chilena. Ellos, a diferencia de los seguidores de la teología de la liberación o los cristianos por el socialismo, no responsabilizaban de la pobreza o la miseria a los ricos, sino que, por el contrario, promovieron el ejercicio responsable del trabajo, entendieron la generación de riqueza como un bien y no rechazaron el bienestar material, siempre y cuando este no afectara la dimensión espiritual. Sus enseñanzas estaban orientadas a fortalecer y conducir la libertad económica que gozaba y aun goza ese país, regulándola con exigencias morales y religiosas. Entre ellos destacan el Opus Dei, los Legionarios de Cristo (un movimiento de origen mexicano) y el Movimiento de Schoenstatt. Hasta el día de hoy, todas son agrupaciones globalizadas e internacionales que otorgan un papel participativo especial a los seglares, ponen énfasis en el culto a la Virgen María, se oponen a la Teología de la Liberación y al socialismo, cultivan una fuerte presencia en los círculos profesionales, están interesados en los medios de comunicación y la educación, y siguieron las líneas del Papa Juan Pablo II.

Para los reformadores liberales chilenos, en el mundo de la economía tienen preeminencia el mercado y la competencia con escasas regulaciones. Pero no ocurre lo mismo en el campo de la cultura ni de los valores. La familia, al menos como declaración de intenciones, continúa estando en el centro de las relaciones sociales y la religión católica mantiene su influencia en la sociedad. Según Fontaine, “el hombre de negocios quiere actuar en el mundo global de la empresa, pero no a costa de cambiar su concepto de familia, sobre la que se considera que se cierne un peligro de disolución si se sigue, por ejemplo, el camino trazado por Estados Unidos”.⁸

3.- A los aspectos netamente económicos de la globalización hay que agregar las consideraciones políticas, pero también y principalmente las culturales. La crisis financiera global presenta tan sólo una cara de la globalización.

Los cambios culturales -por definición, más lentos y permanentes que los políticos y económicos- pueden modificar sustancialmente la forma, el contenido y el sentido del proceso de globalización mundial. Y justamente la crisis financiera no se explica sólo por fallas del modelo. El papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate* señala que las finanzas, en cuanto instrumento técnico, pueden transformarse en algo pernicioso. El que falla o acierta es el hombre, no el medio en cuanto tal. El papa concluye señalando que “no se debe hacer reproches al medio o instrumento sino

⁸ *Ibidem*, pág. 292.

al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social.”⁹ A lo señalado por el sumo pontífice hay que agregar que el entorno cultural facilita o dificulta los errores o los aciertos en materias moral, política o económica. Por tanto, el análisis del proceso globalizador en sus esferas económica y política debe contemplar también el estudio de la globalización en sus interrelaciones culturales.

En este punto podemos ensayar, siguiendo a Oliver Dollfus, una definición más completa de globalización, a saber: “la mundialización, en tanto que fenómeno total, engloba lo económico, lo político, lo estratégico, lo social y lo cultural, tanto la dinámica interna propia de cada uno de estos campos, como las interacciones entre ellos. La mundialización no es sólo el mercado ni el capitalismo.”¹⁰

Aparentemente, la globalización con matices culturales no impone, al igual que la globalización económica, el imperio cultural de Estados Unidos sobre el mundo. La globalización parece haber generado la oportunidad inversa: tribuna para que culturas de los lugares más apartados y desconocidos del mundo se hagan visibles y expresen sus tradiciones o reivindicaciones.

Parece haber cierto consenso en que la globalización cultural no impone uniformidades globales ni amenaza la identidad, la cultura o las tradiciones locales. “La globalización también conlleva el fomento de las diferencias o la diversidad local.”¹¹ En suma, la globalización ha logrado lo que algunos teóricos de la postmodernidad señalaban como la liberación de las diferencias. Gianni Vattimo lo expresó con claridad en 1990 al señalar: que “el mundo de la comunicación generalizada estalla como una multiplicidad de racionalidades locales –minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas-, que toman la palabra y dejan de ser finalmente acallados y reprimidos por la idea de que sólo existe una forma de humanidad verdadera digna de realizarse, con menoscabo a todas las peculiaridades, de todas las individualidades, limitadas, efímeras y contingentes.”¹²

En el plano del discurso, el proceso de globalización cultural no obedecería a un plan preconcebido y ejecutado desde algún centro de control ubicado en los países desarrollados. Tampoco es un fenómeno simple y unificado que nos permita concluir

⁹ BENEDICTO XVI: *Carta encíclica Caritas in Veritates*, 36.

¹⁰ DOLLFUS, O.: *La mundialización*. Edicions Bellaterra. Barcelona, 1999, pág. 7.

¹¹ HSIN-HUANG, M.: «Coexistencia y síntesis. Globalización cultural en Taiwan contemporáneo», en BERGER P. y HUNTINGTON, S.: *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Paidós. Barcelona. 2002, pág. 66

¹² VATTIMO, G.: «Posmodernidad: ¿una sociedad transparente? », en VATTIMO, G. y OTROS: *En torno a la posmodernidad*. Editorial Anthropos. Barcelona. 1994, pág. 17.

con facilidad sobre sus ventajas y problemas. Parece más bien un proceso que se inicia con la interdependencia económica mundial, que emplea la tecnología y la información como herramientas de difusión, que incorpora y transmite por los medios de comunicación globales versiones contradictorias sobre el hombre, la naturaleza, la vida y la historia, y que aporta, por último, definiciones sobre la identidad de quienes participan del proceso globalizador.

La interdependencia global cultural también supone la conciencia de esa interdependencia. Lo que caracteriza a la globalización en este contexto es “la aparición y difusión de una conciencia individual de la situación global en un mundo como escenario en el que todos participamos.”¹³ Esta participación permite globalizar lo local, genera condiciones para que movimientos transnacionales y globales defiendan, por ejemplo, los derechos de una etnia o la conservación de un pueblo originario. Pero también la globalización cultural actúa sobre las sociedades y los individuos, ofreciendo modos alternativos para gestionar la vida cotidiana. La globalización ayuda a la construcción del sentido y aporta a la interpretación del mundo que la mayoría de las personas y pueblos realizan. La globalización cultural provoca cambios lentos, pero más estables y radicales de los que produce la globalización económica o bien una crisis financiera global, pues afecta la vida rutinaria y la forma en que cada cual le otorga sentido a su vida.

Sin embargo, si analizamos los aportes de Peter Berger¹⁴ podemos encontrar que no sólo existe una globalización culturalmente neutra, una tribuna para exponer diferencias y potentes canales de comunicación para expresar lo que cada cual es, sino también hay una globalización que posee propuestas homogeneizadoras que tienden a imponer desde las naciones desarrolladas un ideal de sociedad a las en vías de desarrollo. De las cuatro grandes tendencias o fenómenos diferenciados en que la globalización cultural se manifiesta, destacamos de Berger la tercera que denomina club de los académicos, pero nombraremos las cuatro, pues ellas tienen lugar simultáneamente, están relacionadas entre sí e interactúan con las culturas autóctonas con las que se vinculan.

La primera es la cultura de Davos, nombre asignado por Huntington a las elites empresariales que se reúnen en la ciudad Suiza del mismo nombre todos los años y que

¹³ HSIN-HUANG, M.: op. cit., pág. 66.

¹⁴ CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS: Entrevista a Peter Berger, en www.cepchile.cl/dms/archivo_1859_470/rev71_berger.pdf

representa al mundo internacional de las grandes transacciones y movimientos de dinero. “Su motor básico son los negocios internacionales, el mismo motor que impulsa la globalización económica.”¹⁵

La segunda es la cultura del McMundo, es decir, la cultura popular que sigue las tendencias de las grandes negocios de comida rápida, de las tiendas de moda, de los videos, etcétera. (Adidas, MacDonal, Disney, MTV). Es la cultura masiva difundida a través de los medios de comunicación y que propone el consumo por medio del marketing y la persuasión. Se estima que esta cultura tiene efectos superficiales sobre las creencias y valores de las personas. En principio un árabe, como lo señala Hantington, podría llevar pantalones vaqueros, zapatillas deportivas Nike, comer hamburguesas, disfrutar los dibujos animados de Disney y poner una bomba en la embajada de Estados Unidos en Israel para contribuir a la *yihad* islámica.

En tercer lugar aparece la cultura del *club de académicos* que no se apoya en la empresa, sino en las fundaciones, las Organizaciones no gubernamentales (Ongs) y las redes académicas universitarias, los institutos, fundaciones o centros de estudio transnacionales. Es la cultura de los intelectuales del mundo. Ellos, nos dice Berger, “no promueven las compañías multinacionales, sino ideas o conductas inventadas por intelectuales occidentales como las ideologías del feminismo, el ecologismo, el multiculturalismo, así como la política de los estilos de vida que esas ideologías representan.”¹⁶

En cuarto lugar aparecen los movimientos religiosos que aprovechan la globalización como medio para evangelizar. Berger se refiere particularmente a los pentecostales.

De las cuatro formas de globalización cultural, la que nos importa destacar por su efecto homogeneizador son los clubes de facultad que promueven formas de vida y propuestas para orientar la existencia individual cotidiana de las personas. Esta exportación no tradicional de formas de vida no siempre respeta las tradiciones culturales, la identidad ni las creencias de los pueblos en que se aplican. Las propuestas sobre control de la natalidad, sobre el género, sobre el papel de la mujer en la sociedad, sobre el aborto o la familia responden a políticas globales elaboradas por intelectuales

¹⁵ BERGER P. y HUNTINGTON, S.: Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo. Paidós. Barcelona. 2002, pág. 15.

¹⁶ BERGER P. y HUNTINGTON, S.: op. cit., pág. 17.

occidentales, pero que no siempre dan cuenta de las particularidades y la idiosincrasia de los pueblos en que operan.

El dato no es menor, porque mientras la globalización económica se define a sí misma como un instrumento técnico que se acomoda a las peculiaridades culturales y nacionales de los pueblos, dando por resultado lo que John Gray denomina diversas formas o tipo de capitalismo, la globalización cultural de las fundaciones transnacionales, promueve formas de vida y políticas públicas que no difieren en los diversos países y que, por tanto, suponen un grado mayor de intervencionismo cultural de los países desarrollados hacia las naciones en desarrollo.

La globalización no sólo concierne a los grandes sistemas, como el orden financiero mundial. El proceso globalizador no es algo que esté fuera, alejado y distante de las decisiones que deben tomar las personas que viven lejos de los centros políticos y económicos mundiales como Chile. Anthony Giddens señala que la globalización es también “un fenómeno de aquí dentro, que fluye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas. El debate sobre valores familiares que se desarrolla en muchos países puede parecer muy apartado de las influencias globalizadoras: no lo está.”¹⁷

La globalización cultural en Chile se expresa con el nombre de agenda emergente o debate cultural. Este supone una serie de iniciativas legales que promueven la unión entre personas del mismo sexo, la legalización del aborto y el uso de la píldora del día después, entre otras. Y en ese país estos temas se han posicionado a través de la integración vertical que posee el Estado para manejar la agenda pública. Una sociedad civil débil como la chilena no posee capacidad real de contrarrestar la generación temática de un Estado promotor de las políticas culturales globalizadas. Por ello es que cada cierto tiempo estos temas aparecen en las portadas de los diarios y como materias centrales en los medios de comunicación, sin ser los que la gente juzga como más importante para su vida diaria.

Como prueba de lo anterior sólo basta revisar las encuestas que periódicamente realizan los centros de estudios de las más diversas orientaciones políticas, religiosas, económicas o ideológicas.¹⁸ En cada una de ellas los cuatro temas que la sociedad chilena estima como más relevantes son seguridad ciudadana o control de la

¹⁷ GIDDENS, A.: Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Taurus. Madrid. 2000, pág. 25.

¹⁸ Los centros de estudio que poseen datos relevantes sobre los temas que la sociedad chilena estima prioritarios están en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/cat_443_pag_1.html , www.cepchile.cl , www.bibarometro.cl , www.adimark.cl/noticias/index.act

delincuencia, desempleo, atención de salud y calidad de la educación. Y si bien cada una de estas materias modifica su posición relativa en cada sondeo de opinión, unas veces están en primero o en cuarto lugar, lo concreto es que ellas son las que más preocupan a los chilenos. Los temas de la agenda valórica o de la globalización cultural marcan cifras de menos de dos dígitos y son, por tanto, preocupaciones marginales, pues para una parte importante de la población de Chile resolver los problemas prácticos y concretos exige de permanentes esfuerzos públicos y privados que no admiten distracciones.

Sin embargo, la globalización afecta la vida cotidiana de las personas para bien o para mal. Y el modo en que golpea el proceso globalizador es extremadamente impositivo. Los efectos de la crisis financiera en las economías familiares permanecen por un tiempo y con una profundidad que escapa del control de toda familia. La irrupción de un virus mortal y globalizado es algo real y potencialmente igual de riesgoso para un habitante de Madrid, Moscú o Santiago de Chile. Y las ideas culturalmente condicionadas y convertidas en ideologías tienden a operar de la misma manera: dejan poco espacio a las decisiones personales e incluso a las deliberaciones políticas nacionales.

De algún modo, frente a una política cultural globalizada las naciones más pobres y débiles no parecen tener otra opción que asumirla como política pública, con independencia de si existe o no las condiciones culturales e incluso el desarrollo material suficiente necesario para que sean sustentables. La globalización cultural tiende a derribar las fronteras y convertir a las personas en ciudadanos del mundo, con potencialmente las mismas posibilidades de ejercer derechos emergentes que la gente de las naciones desarrolladas. Sin embargo, en algunos países pobres e incluso en otros con signos importantes de avance, como en el caso de Chile, existen sectores marginados del progreso, para quienes debatir sobre materias de la agenda cultural es algo extemporáneo que no corresponde ni responde a exigencias urgentes de su propia realidad.

Lo anterior plantea el problema de si efectivamente los avances culturales pueden ser trasplantados de un lugar a otro, con independencia de las diferencias históricas, económicas, sociales, étnicas, que objetivamente existen entre los países generadores de cultura globalizada y los receptores. Adicionalmente queda por resolver si la producción cultural de las naciones ricas es necesariamente superior y, por tanto,

merece ser promovida o finalmente impuesta sobre aquellos países discrecionalmente definidos como culturalmente inferiores.

Por tanto, para las naciones en desarrollo es urgente reconfigurar la globalización cultural, pues ella no es un proceso natural ineluctable, sino una construcción humana que admite enmiendas y que perfectamente puede asumir un papel democrático y participativo, en el que se respete la diversidad y pluralidad de todos los pueblos.